

SALVADOR SEGUÍ

Líder anarco-sindicalista español (1886-1923)

Pere J. Beneyto
(Universidad de Valencia – RELATS)

1.- APUNTES BIOGRÁFICOS

Conocido desde muy joven como *El Noi del sucre* ("el chico del azúcar", en catalán), Salvador Seguí (1887-1923) fue un importante líder obrero en la Barcelona de principios del siglo XX cuyas intervenciones prácticas y reflexiones teóricas resultaron decisivas entonces para la configuración del sindicalismo español y merecen, aun ahora, nuestro reconocimiento.

Nacido en un pequeño pueblo del interior de Cataluña, la familia de Seguí se trasladó pronto a Barcelona donde Salvador empezó a trabajar con apenas 11 años de ayudante de pintor de paredes, oficio que mantendría durante toda su vida, y desde el que muy pronto iniciaría su vinculación con el naciente movimiento sindical, en un contexto histórico caracterizado por las tensiones, luchas y esperanzas derivadas de una desigual industrialización y transformación económica, conflictos bélicos nacionales (Guerra de Marruecos) e internacionales (Iª Guerra Mundial) y movimientos revolucionarios próximos ("Semana Trágica", Barcelona, 1909) y lejanos (Revolución de Octubre, Rusia, 1917).

En 1904, con apenas diecisiete años, ya formaba parte de la junta directiva de su gremio y poco después participaría en la fundación de "Solidaridad Obrera", coordinadora en Cataluña de los principales sindicatos de orientación anarquista, siendo detenido por primera vez en 1907 por participar en una huelga.

Siguiendo con su compromiso sindical, en 1910 asiste como delegado al congreso fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de cuyo núcleo directivo formará parte desde entonces, impulsando un importante trabajo de carácter tanto organizativo (creación de sindicatos y desarrollo de su acción reivindicativa) como

formativo (constitución de Ateneos y escuelas sindicales, en la estela de la pedagogía libertaria) y estratégico (defensa de la unidad sindical con los socialistas de UGT, de la dialéctica entre presión y negociación, marcando distancias con el anarquismo más radical).

Su capacidad de liderazgo resultará decisiva en el proceso de modernización del primer sindicalismo español estructurado inicialmente en base a "sociedades de oficio" que agrupaban en cada caso a categorías específicas de trabajadores generando un movimiento fragmentado, precario y de difícil articulación, como se puso de manifiesto en la huelga general de la construcción de 1917, que fracasó por la imposibilidad de coordinar la acción de los diferentes oficios del ramo y la solidaridad de otros sectores ante la resistencia intransigente de la patronal y la dura represión policial.

En la posterior asamblea que la CNT catalana celebró en junio de 1918 ("Congreso de Sants") se aprobaron las propuestas de renovación organizativa y estratégica de Seguí, que fue elegido secretario general de la Confederación, articulada desde entonces en base a "sindicatos únicos" y federaciones de industria, más ajustados a la nueva estructura productiva (véase documento 2.1 del dossier adjunto), lo que se traduciría en un importante crecimiento de su afiliación (de 75.000 a 345.000 miembros en apenas seis meses) y capacidad de movilización social, como se pondría de manifiesto poco después en la famosa huelga de *La Canadiense*.

Iniciada el 8 de febrero de 1919 en solidaridad con varios obreros despedidos por la empresa de suministro eléctrico de Barcelona, fue adquiriendo progresivamente dimensiones de huelga general y ampliando sus demandas reivindicativas en materia de salarios, jornada y derechos sindicales.

El nuevo modelo organizativo de la CNT facilitó la coordinación de la acción obrera y la solidaridad ciudadana durante los 44 días que se prolongó la huelga, cuya conducción consolidó definitivamente el liderazgo de Seguí (vid. documento 2.2), generando efectos que habrían de resultar decisivos, tanto en términos reales como simbólicos, para la historia del movimiento sindical, el más significativo de los cuales sería el reconocimiento, por primera vez en Europa, de la jornada laboral de 8 horas.

Apenas una semana después de terminada la huelga, el Consejo de Ministros publicó (03-04-1919) un decreto por el que se establecía que "...la jornada máxima legal será de ocho horas al día o cuarenta y ocho semanales en todos los trabajos a partir del 1 de octubre". Se trataba de una reivindicación legendaria del movimiento obrero internacional, planteada ya por Robert Owen a principios del siglo XIX, asumida en 1864 por la Asociación Internacional de

Trabajadores (AIT) y objetivo de la trágica huelga de los obreros de Chicago en 1886, en cuyo recuerdo se establecería la jornada del 1º de Mayo como día internacional del trabajo y los trabajadores.

Aquel mismo año, el Tratado de Versalles ponía fin a la Iª Guerra Mundial y creaba, entre otras instituciones, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que en su primera reunión (Washington, 29-10-19) adoptó el Convenio C001 mediante el que consagraba como recomendación fundacional la jornada de 8 horas, ratificado desde entonces por 52 países, con excepciones tan significativas como China, Estados Unidos y Japón.

El inicial éxito del obrerismo desencadenó una dura respuesta de la Federación Patronal Catalana que fue adoptando posiciones cada vez más "intransigentes" y "combativas", desde el lock-out a los despidos masivos y las listas negras, incluyendo el asesinato selectivo de líderes sindicales (171 entre 1919 y 1923) a cargo de bandas de pistoleros para-policiales, lo que activaría una espiral de violencia en la que el sector más radical del anarquismo respondería con sus propias acciones armadas (55 empresarios y policías asesinados en el mismo período), al tiempo que desplazaba a sus líderes más moderados, entre ellos Seguí que había sido detenido en noviembre de 1920.

Desde la cárcel militar de la isla de Menorca, donde permanecería casi dos años, *El Noi del sucre* siguió reflexionando sobre la función social del sindicato que, en su opinión debía combinar la lucha reivindicativa por la justicia social con la ideológica por la hegemonía cultural, siendo a la vez "cerebro y brazo, pensamiento y acción..." (vid. documento 2.3) en la ardua tarea de convertir a los oprimidos en el corazón de la nueva sociedad, palabras que parecen anticipar las que, pocos años después y en situación igualmente dramática, escribiría Antonio Gramsci en sus *Quaderni del carcere*.

Tras salir de la cárcel en abril de 1922, siguió trabajando por recuperar la centralidad obrerista de la CNT, debilitada por los años del pistolero, defendiendo un modelo de sindicato como matriz social en torno a la cual imaginar una sociedad radicalmente democrática y autogestionada, lo que requería reforzar su función pedagógica, convirtiéndose en una auténtica "escuela de rebeldía" (como titularía su novela póstuma) en la que los trabajadores pudiesen formarse y desarrollar las capacidades técnicas necesarias para gestionar la economía y transformar la sociedad.

Tales reflexiones y propuestas quedaron violentamente truncadas por su asesinato el 10 de marzo de 1923 a manos de pistoleros patronales (vid. documento 2.4), pero forman parte desde entonces de la memoria histórica y la referencia ética del mejor sindicalismo.

2.- DOSSIER DOCUMENTAL

Se incluyen seguidamente textos de y sobre la actividad sindical de Salvador Seguí que complementan la reconstrucción de su trayectoria biográfica. El primero corresponde a una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en octubre de 1919, en la que realizó importantes reflexiones sobre la situación y perspectivas del movimiento obrero de ámbito tanto global (esperanzas y límites de la entonces reciente Revolución rusa) como local (cambios organizativos y estratégicos del sindicalismo catalán y español).

El segundo documento constituye la crónica emocionada de la huelga dirigida por la CNT en la empresa eléctrica "Riegos y Fuerzas del Ebro", perteneciente a "Barcelona Traction, Light and Power Company Limited", popularmente conocida como *La Canadiense*, que empezó el 8 de febrero de 1919 como una protesta más por motivos laborales y acabó convirtiéndose –por el liderazgo indiscutible de *El Noi del Sucre*- en una de las huelgas más ejemplares del movimiento obrero español, gracias a la cual se conseguiría por primera vez en Europa que la legislación amparará la jornada laboral de 8 horas.

El tercer texto procede de una charla de Seguí a sus compañeros anarcosindicalistas presos en la cárcel de Mahón (Islas Baleares), donde permanecieron encerrados casi dos años, sobre la función del sindicato, con especial referencia a la cuestión cultural, entendida en la doble dimensión de formación de los trabajadores y lucha por la hegemonía de las ideas emancipatorias.

El último texto procede de la reconstrucción histórica del asesinato de Salvador Seguí, el 10 de marzo de 1923, a los treinta y seis años de su edad, por un comando de pistoleros a sueldo de la patronal catalana, que supuso el dramático fin a la vida de un hombre justo entre los justos y proyectó el impulso ético su compromiso revolucionario a generaciones de sindicalistas.

2.1.- Teoría y práctica del sindicalismo

Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid
(octubre de 1919)
Recopilación de Isidre Molas (1975), *Salvador Seguí: Escrits*, Barcelona: Edicions 62, pp. 44-54
Traducción del catalán de P. Beneyto

Ciudadanos, compañeros y amigos:

Ante de nada, tengo la misión de dirigiros un saludo en nombre de todos los trabajadores de Catalunya que, junto a otros compañeros,

representamos en este acto. Espero de vuestra benevolencia que sepáis perdonar mis dificultades de expresión, pues no soy un profesional de la tribuna...

Como os decía ayer el compañero Pestaña, la situación de la organización obrera en Cataluña es hoy más fuerte y más capaz que lo ha sido nunca. Eso nos ha creado una cierta responsabilidad que justifica la necesidad de venir aquí, de ir por todos los rincones de España explicar a los compañeros lo que hemos hecho en Cataluña y lo que pretendemos realizar en adelante. De poco nos serviría que esta fuerza inmensa, que se sostiene por la tenacidad y la convicción del proletariado catalán, quedase encerrada sólo en los muros de lo que se entiende por Cataluña; por eso tenemos necesidad de ponernos en comunicación con todos los obreros españoles, y tenemos la necesidad de ponernos en contacto con todos los de fuera de España. Ahora explicaré ante vosotros lo que haremos mañana ante todos los trabajadores, lo que pensamos y queremos hacer.

Que dada cual asuma la responsabilidad que le corresponda

Con eso queremos decir, estimados compañeros y amigos, que estamos seguros de haber aceptado responsabilidades que no nos corresponden. Nosotros somos bastante serios para aceptar las responsabilidades que nos tocan, pero hemos rechazado siempre, y en adelante lo haremos con más energía, las que nos quieren cargar y no nos corresponden.

La lucha sindical en Barcelona tiene para nosotros una importancia capital, no sólo por las razones consideradas hasta ahora sino por otras que creemos más fundamentales.

¿De qué servirían tantos esfuerzos y afanes, si la responsabilidad de esta fuerza se limitara a conseguir un real más y una hora menos?

¿Compensaría eso tantos esfuerzos?

De ninguna manera, compañeros. Y aquí hemos de hablar con toda franqueza, con absoluta sinceridad.

Nosotros vamos, como os decía anoche el compañero Pestaña, hacia el comunismo, hacia la socialización de todos los bienes de la tierra. ¿por qué medios? Por los que las circunstancias nos aconsejen, sin apartarnos del camino que nos hemos trazado.

En este punto de mi discurso me permitiré centrarme, aunque sea superficialmente, en el concepto que nos merece la lucha sindical y, aún más, sobre el objetivo que la lucha sindical, o el Sindicato, puede realizar.

En Barcelona hemos creído que la organización en base a "Sindicatos únicos" aporta un máximo de resistencia y potencialidad para alcanzar nuestros objetivos..., y no me refiero sólo a la lucha presente, sino también a la que el mundo capitalista nos impondrá en el futuro.

El Sindicato único es la garantía del futuro régimen social

Nosotros hemos visto en el Sindicato único algo fundamental..., la herramienta de preparación colectiva y profesional para que, llegado el momento sea la garantía de la transformación social.

Es innegable que todos los grupos, que todas las tendencias, que todos los partidos socialistas han tratado hasta ahora de cumplir su misión, que han realizado un buen trabajo..., pero también es cierto que ahora los hechos nos demuestran dolorosamente su fracaso, por lo que resulta necesaria una rectificación en cuanto a las formas de lucha, que es lo que nosotros planteamos y seguiremos haciéndolo.

La fuerza de los hechos. El ejemplo de Rusia: un régimen inestable por falta de preparación.

Los hechos hablan por sí solos, compañeros y amigos: si al Sindicato se le hubiese dado esa responsabilidad, si al Sindicato se le hubiese dado esa facilidad, esa capacidad de intervenir..., a estas horas ni en Hungría, ni en Rusia ni en Alemania, ni en otros pueblos, el proletariado habría demostrado su falta de condiciones, su falta de preparación para hacer prácticas de socialismo en economía y de carácter liberador en el ámbito político... Y ahora nos encontramos con estos hechos dolorosos!

En Rusia, seguramente por falta de preparación, pese a los gigantescos esfuerzos realizados por aquellos héroes, es más que probable que, por una parte el bloqueo de todos los gobiernos de Europa, de toda la burguesía internacional y, por otra, también por dicha falta de preparación técnica y profesional del pueblo..., que nuestros compañeros no puedan consolidar el nuevo Estado, que tanta sangre y tanto heroísmo ha conestado y generado tantas esperanzas.

El fracaso del capitalismo

Es innegable también que estamos ante el fracaso del capitalismo..., que provocó la guerra, no tanto por la miseria sino por un exceso de producción y por la falta de mercados que algunos de los beligerantes necesitaban en el mundo para colocar sus productos. Y así, asistimos a la paradoja que la riqueza, exponente de esta civilización, y que es resultado de nuestra inteligencia y de nuestro esfuerzo, ha engendrado la ruina, el dolor y la tragedia.

En 1914 la superproducción mundial alcanzaba el 28% y no encontraba fácilmente mercados para su colocación, lo que constituyó uno de los factores determinantes de la gran guerra.

Consecuencia de ello, compañeros, es que cuando una clase tiene la responsabilidad, como la tiene actualmente el capitalismo, y se encuentra en una situación como la de 1914, es que estamos ante el germen de su incapacidad y descomposición.

El proletariado ha de prepararse para el traspaso del poder

Asistimos a la crisis de la burguesía internacional. Y es precisamente por eso que resulta necesario que el sentido crítico y creador oriente

nuestra actuación, porque vienen momentos de tal responsabilidad y peligro, momentos de tan majestuosa solemnidad para el proletariado internacional, que si nosotros, los españoles, no estuviésemos preparados, organizados y capacitados para cuando el proletariado internacional llame a nuestra puerta para el traspaso del poder de la burguesía a la clase obrera..., daríamos otra vez sensación de descomposición, de incapacidad y no podríamos contribuir a lo que constituye el norte, la guía de toda nuestra acción, la conquista del bienestar de la humanidad, de la libertad y la justicia.

He aquí el objetivo y función del Sindicato Único, que defendemos no sólo porque tiene la ventaja de que, en determinados momentos, el conjunto de sindicatos apoye a la sección que esté en lucha, no sólo por eso..., sino que queremos el Sindicato Único para que nuestros compañeros sientan la dignidad de su profesión, para mejorar nuestra capacitación, para ser más fuertes e indestructibles, para hacer una tarea realmente revolucionaria... Queremos el Sindicato Único para cuando llegue el momento de la verdadera transformación social estar realmente preparados

Dentro del Sindicato ha de haber escuelas profesionales, y al sindicato han de venir – y si no iremos a buscarlos- los mejores técnicos, porque los necesitamos en este momento histórico para estar suficientemente preparados para dar la patada a todo este viejo edificio social carcomido que nos encadena, que nos tiraniza, que nos mata, precisamente porque nosotros queremos vivir una vida libre y noble, porque nosotros queremos, por encima de todo, el reino de la justicia social sobre la tierra...!

Por eso no vivimos ya aislados del resto de trabajadores del mundo; estamos en relación con los compañeros de Francia, Portugal, Holanda, Bélgica..., en fin, de todas partes y estamos trabajando para que la relación se profundice cada día más..., y haremos más, asistiremos al Congreso Internacional para llevar nuestras propuestas y alternativas...

Debemos seguir organizándonos, preparándonos..., porque todas las ideas triunfan cuando hay capacidad y organización, porque el sacrificio de la lucha no es suficiente... Es necesario que al exponer nuestras personas, nuestra libertad e, incluso, nuestra vida, tengamos también la capacidad y preparación suficientes, concretada en instrumentos de organización, para hacer realidad los objetivos por los que luchamos.

Si eso no se consigue nada, sin eso todas las luchas son absolutamente inútiles, por eso es necesario –y os invito a ello, compañeros y amigos- que nos preparemos, que nos capacitemos, que nos organicemos. Debemos leer mucho y discutir más, para que cuando llegue el momento de traducir en realidades nuestras ideas nos encuentre suficientemente preparados, con el brazo fuerte para hacer realidad nuestras ideas..., así es como nos haremos dignos de nosotros mismos y escribiremos en las páginas de la historia la libertad de los hombres y de los pueblos...

2.2.- La huelga de “La Canadiense”

Rodrigo Lastra (2013) *Salvador Seguí*, Madrid: Fundación Emmanuel Mounier, Colección Sinergia

En 1919 se iba a poner a prueba el nuevo tipo de organización sindical (que se agrupaba en sindicatos de industria y se federaba a nivel local, regional y nacional, frente a los antiguos sindicatos de oficio). Esta nueva fuerza obrera, sin la cual no se puede explicar cómo un conflicto laboral, en principio similar a tantos otros, pudo adquirir unas proporciones que ningún movimiento obrero reivindicativo había alcanzado hasta entonces. La huelga de *La Canadiense* fue posible por la reorganización y expansión del sindicato único de Agua, Gas y Electricidad y fue, por tanto, la primera manifestación de fuerza de los sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), organizados después del Congreso de Sants en grandes sindicatos únicos o de industria.

La empresa Riegos y Fuerzas del Ebro era llamada corrientemente *La Canadiense* por ser su principal accionista el *Canadian Bank of Commerce of Toronto* y su director el canadiense Fraser Lawton. Era una entidad de enorme importancia con centrales en Tarragona, Lérida y Gerona. Solamente en las oficinas de la empresa hallaban ocupación más de mil empleados. Numerosos servicios dependían directamente de los suministrados por la entidad.

A finales de 1918 el sindicato de agua, gas y electricidad, inició una huelga ante los abusos laborales que incluían el hecho de que su mísero salario lo recibían en forma de unos bonos cotizables únicamente en determinadas tiendas, que curiosamente pertenecían a *La Canadiense*. A la declaración de huelga, la empresa replicó con el despido de los huelguistas. Intervino la CNT y automáticamente fueron encarcelados muchos de los militantes más conocidos por la policía. Seguí fue arrestado en su casa mientras dormía. Todos ellos fueron llevados al acorazado *Pelayo* donde estuvieron hasta que mujeres e hijos de los militantes detenidos pidieron al gobernador, precisamente cuando ya se había extendido la huelga, que fuesen trasladados a la prisión Modelo, donde podrían visitarlos. Esta petición supuso, además, que hubiera posibilidad de ponerse en contacto con los dirigentes detenidos en una situación tan difícil.

El 8 de febrero de 1919, el personal de *La Canadiense* declaró la huelga en solidaridad con varios obreros despedidos por resistirse a aceptar rebajas de salarios que la empresa había anunciado como represalia contra ellos. A pesar de estar detenidos los principales responsables sindicales la lucha fue asumida por militantes jóvenes y el movimiento se sostuvo con mayor energía. La nueva estructura de

sindicatos únicos probó su eficacia en aquella confrontación, que de modo inmediato llevó el paro por solidaridad a las demás empresas eléctricas y de gas de Barcelona. Al mismo tiempo se desarrollaban las huelgas de carreteros y chóferes y la de los obreros gráficos. A partir del 17 de febrero se declaró la huelga del ramo textil, que comprendía unos veinte mil obreros, o más bien obreras, pues el ochenta por ciento eran mujeres. Éstas reclamaban el reconocimiento del sindicato, la jornada máxima de ocho horas, la total abolición del trabajo a destajo, el pago del jornal íntegro en caso de accidente, la prohibición de admitir trabajadores menores de catorce años y la paga íntegra de la semana, cuando, una vez empezada, decidiese la empresa suspender o disminuir el trabajo.

El 21 de febrero abandonó el trabajo todo el personal de las compañías de electricidad. La huelga de la industria eléctrica provocaba la huelga forzosa de tranvías. Dejaron de publicarse los diarios de la noche y la ciudad quedó a oscuras, teniendo que iluminarse las casas con lámparas de carburo y velas. El 27, los tranviarios, que acababan de organizarse sindicalmente, dejaron de prestar servicio. Los sindicatos y el comité de huelga a pesar de la ilegalidad estaban en frenética actividad. Jose Piera, presidente del comité de huelga, lo describe con estas palabras: *Prácticamente todo el día estábamos reunidos. Algunas veces nos reuníamos en la playa; si veíamos acercarse a la guardia civil, escondíamos los papeles en la arena. Durante la huelga seguimos publicando Solidaridad Obrera de forma clandestina; imprimíamos fuera de Barcelona cien mil ejemplares que se repartían puntualmente en las diferentes poblaciones y llegaban a todos los sindicatos. La organización, a pesar de la anormalidad de la situación, continuaba funcionando perfectamente, era realmente la consolidación de los sindicatos.*

Los tipógrafos y linotipistas se sumaron a la lucha, estableciendo "la censura obrera", en respuesta a la constante "censura oficial". Es decir, se negaban publicar aquellas noticias o comentarios ofensivos o contrarios a la causa de los huelguistas. Esta medida fue eficaz hasta el extremo de que el bando redactado por Miláns del Bosch ordenando la militarización de los huelguistas no se pudo publicar inicialmente.

El setenta por ciento de las fábricas habían visto paralizado su funcionamiento en la provincia de Barcelona. Cundió el pánico entre los diversos sectores de la burguesía barcelonesa y toda la población estaba en tensión. Ante la gravedad de la situación, el Gobierno declaró el estado de guerra y militarizó las empresas importantes (gas, electricidad...) para asegurar el suministro. El 1 de marzo, el Gobierno se incautó del servicio de aguas que había quedado desorganizado. El alcalde de Barcelona se puso en contacto con el comité de huelga que transmitió a las autoridades superiores las

bases de negociación, que éste le presentó. Las condiciones de la comisión obrera eran las siguientes: La apertura de los sindicatos clausurados, la libertad de los dirigentes sindicalistas encarcelados desde el 16 de enero, la inmunidad del comité de huelga, concediendo un plazo de dos días para recibir la contestación del Gobierno. El Gobierno consideró demasiado breve el plazo y dio por fracasada la negociación. Los empresarios publicaron entonces un ultimátum declarando que los que no se presentasen el 6 de marzo al trabajo debían considerarse despedidos.

El 7 de marzo el personal del *Ferrocarril Sarriá-Barcelona* y de los *Ferrocarriles de Cataluña* se unían a la huelga aumentando la paralización de los servicios públicos, que el día 12 sería ya total. El gobierno, a la desesperada, lanzó un órdago. El 9 de marzo finalmente se consiguió con muchas dificultades (debido a la censura proletaria) hacer público un bando del Capitán General Milan del Bosch movilizando forzosamente a los obreros de las empresas en huelga, bajo amenaza de pena de cuatro años de presidio sobre los que no se presentasen en sus respectivas zonas de reclutamiento.

El comité de huelga dejó a los huelguistas en libertad de decidir su conducta. La mayor parte de ellos no se presentaron o se negaron a trabajar y fueron conducidos en largas filas al Castillo de Montjuich, en donde se llegaron a internar tres mil obreros presos. La resistencia pasiva de los obreros movilizados ponía al Gobierno en un callejón sin salida.

El día 13 de marzo la situación era insostenible. De una parte *La Canadiense*, cuyas instalaciones estaban a punto de arruinarse, y de otra los obreros estaban prácticamente al límite de sus fuerzas. La UGT amenazaba con declararse en huelga de solidaridad, con lo que el paro se hubiera difundido por las demás ciudades (Madrid, Valencia, Zaragoza...). Y sobre todo, el Gobierno temía que un movimiento de tal magnitud de los obreros industriales de Barcelona, animase a los jornaleros andaluces en un momento como aquel de agitación agraria en varias provincias de Andalucía.

José Morote, subsecretario de la presidencia del Gobierno, encauzó los primeros pasos de la negociación. El día 15 de marzo terminó la censura obrera y el 17 se llegó a un acuerdo entre las representaciones de *La Canadiense* y el comité obrero. En virtud del mismo se pondría en libertad a todos los presos por cuestiones sociales y se readmitiría a todos los huelguistas sin represalia alguna. Además, *La Canadiense* aceptó un aumento general y proporcional de salarios, la jornada máxima de ocho horas y el abono de la mitad del mes que tuvo la huelga de duración. De parte del delegado del Gobierno se aseguró que, luego del acuerdo definitivo, sería levantado el estado de guerra.

Pero estos acuerdos eran muy frágiles y necesitaban el refrendo de los huelguistas. En los medios sindicales el convenio tenía enemigos. Muchos obreros todavía se oponían porque eran partidarios de la lucha continua y lo consideraban una rendición cuando estaban a punto de vencer. No faltaban tampoco provocadores a sueldo de la burguesía. Todos ellos consiguieron crear un ambiente hostil al acuerdo, pese a ser minoría, que podía dar al traste con los intentos de pacificación. El comité de huelga le expuso este nuevo problema al gobernador el 19 por la mañana. Ninguno de ellos se sentía capaz de dominar a la oposición. En realidad sólo podía hacerlo Salvador Seguí, secretario del comité regional, que asimismo apoyaba el convenio. Pero estaba encarcelado desde el inicio de la huelga, por lo que pidieron su liberación, que se produjo el mismo 19 de marzo.

Esa misma noche estaba convocado el mitin de la plaza de toros de las Arenas para refrendar o rechazar el acuerdo. El coso estaba a reventar y mucha gente, que no pudo entrar, lo siguió en la calle a la espera de noticias. Las autoridades tomaron todas las medidas de seguridad posibles por miedo a disturbios. En el exterior había guardias a caballo y dentro del coliseo otros muchos a pie junto con numerosos agentes de la secreta. Como delegado gubernativo, cuya presencia era obligatoria en los actos públicos, se encontraba el propio jefe superior de policía asistido por todos los comisarios de distrito de Barcelona.

Desde la tribuna de oradores, situada sobre el toril, había un mar humano encrespado y violento. Estaban allí todos los enemigos del pacto decididos a hundir el mitin. Nadie sabía cómo iba a acabar aquello. Según relatan los que allí estuvieron, conforme a lo acordado, los representantes de la Federación Local y de la Regional empezaron a dar cuenta de los acuerdos: Simó Piera, por el Sindicato de la Construcción; Paulino Díaz, por la Federación Local, y Francisco Miranda, por los presos recién liberados. No pudieron terminar sus discursos. El griterío era abrumador. Los insultos surgían, imponentes, de todos lados: *iReformistas! iTraidores! iApagafuegos! iMuera! iFuera!*. *El Noi del Sucre* conservaba la calma, fumando un cigarrillo, y mirando a aquella multitud.

El mitin estaba a punto de suspenderse. Entonces, se levantó a hablar Seguí, tiró el cigarrillo al suelo, se secó los labios y se adelantó a la tribuna, donde destacaba su macizo corpachón. Gran parte del público calló, impresionada por su presencia e interesada por oírle. Pero otros continuaron interrumpiendo, decididos a que no se aprobase el convenio. Sin embargo, en aquellos tiempos anteriores a micrófonos y altavoces, la potente voz de *El Noi del Sucre* llegó hasta los últimos rincones, por encima de gritos y de protestas.

Para *El Noi del Sucre* la organización estaba por encima de todas las demás consideraciones. De lo que entonces decidiesen dependería en gran parte el futuro de la CNT, pues tanto la clase obrera como la burguesía de España entera estaban pendientes de ellos. Si desautorizaban al comité de huelga darían tal prueba de irresponsabilidad que ya nadie volvería a fiarse de los sindicatos. Se habían conseguido las reivindicaciones por las que se inició el conflicto de *La Canadiense*. En consecuencia, no tenía objeto continuarlo. Con respecto a los presos, estaban ya siendo puestos en libertad. Él mismo era una prueba. El gobernador había prometido que todos volverían a sus casas en el plazo de tres días. Debían concederle un margen de confianza. En el caso de que no cumpliera su palabra, siempre podían volver a la huelga, afirmación que, como se vio, fue su único error de aquella noche.

Seguí logró hablar, hacerse oír y convencer. Probablemente aquella fue la prueba más dura de la vida de *El Noi del Sucre*, pero supo superarla de una manera magistral. Poco a poco, elevando gradualmente su sonora voz, fue haciendo callar a los exaltados y, al cabo de pocos minutos, la plaza entera escuchaba fervorosamente. Argumentando, seduciendo con su oratoria inigualable, fue haciendo cambiar el furor de la multitud en reflexión lógica. Entonces Seguí tuvo uno de sus golpes de audacia que le permitían imponerse:

¿Queréis a los presos? preguntó a la multitud. Luego, señalando el vecino castillo de Montjuich, añadió: *¡Vamos a buscarlos!* El público quedó desconcertado. Lo que les proponía *El Noi del Sucre* era muy serio. Significaba echarse a la calle en aquel momento y tal como estaban. Pero, además, sabían que de hacerse, él iría en cabeza. Nadie se atrevió a contestar. De hecho, la oposición estaba vencida: *...Pensad en la trascendencia del momento presente; pensad que ahora no sólo se vela por la libertad de los presos, sino por la responsabilidad de las organizaciones obreras y la efectividad de los compromisos que de aquí en adelante puedan contraer. Esta noche, a pesar de las impetuosidades de que he hablado, hemos de salvar las organizaciones obreras. Si desautorizamos al comité, ponéis en peligro la libertad de los presos y dais una satisfacción a la burguesía. Que se reafirmen aquí la confianza y la unión, y así, o se consigue pronto la libertad de los presos, o comenzará una guerra formidable. Yo me someto al comité en nombre de los presos...* Cuando dio por terminado su discurso, todo el mundo, por aclamación, acordó el cese de la huelga general, que había durado cuarenta y cuatro días.

Se dio por concluido el acto y la multitud, en perfecto orden, fue abandonando la plaza de toros. El mitin había durado tres cuartos de hora y ni en un solo momento fue necesaria la intervención de la policía. El propio jefe superior de la policía, se le acercó a Seguí y le dijo que nunca en la vida había visto una cosa igual, que un hombre

pueda conducir a la masa de esta manera. El mitin habría podido acabar en tragedia de no haber sido por *El Noi*. Seguí salió del mitin y los anarquistas que habían ido a verlo al salir de la prisión no estaban.

El diario conservador madrileño *El Sol*, calificó el acto como *el triunfo del único poder organizado del país*. La huelga fue un éxito para los trabajadores. Los obreros consiguieron todas sus reivindicaciones, no sólo los de Agua, Gas y Electricidad, sino también carreteros y chóferes, obreros textiles y tipógrafos. Ese mismo mes el Gobierno del Conde de Romanones (que tuvo que dimitir tras la huelga) sancionaba la jornada de ocho. A partir del 1 de octubre de 1919 la jornada máxima total sería de ocho horas al día y de cuarenta y ocho a la semana, para todos los oficios. España fue así el primer país de Europa en donde se consiguió la jornada máxima de ocho horas, que era una reivindicación histórica de la clase obrera.

La huelga había durado cuarenta y cuatro días y, pese a algún brote inicial de terrorismo extremista (hubo un atentado con un muerto y varios heridos), el conflicto apenas revistió actos de violencia, siendo presidido en general por la acción pacífica serena y disciplinada de los huelguistas. Si se tiene en cuenta el grado de tensión a que se había llegado en una Barcelona paralizada mes medio, resulta asombroso que no se hubiese desatado la violencia, como había sucedido en anteriores huelgas generales, muchísimo más cortas.

2.3.- Anarquismo y sindicalismo

Conferencia pronunciada en el castillo-prisión de Mahón, el 31 de diciembre de 1920. Extraída de *Salvador Seguí: Su vida, su obra*, Cuadernos populares, núm. 2 (1960). París: Ediciones Solidaridad Obrera, pp. 79-87

Son numerosos los equívocos existentes sobre el significado y función del anarquismo y del sindicalismo que conviene, que resulta necesario deshacer...

Qué es el Anarquismo

Las ideas no son nada sin los hombres que las crean y creen y, precisamente, porque son creadas por los hombres, tienen consistencia y valor humano. En caso contrario nada serían, nada valdrían... Cualquier idea que no pase o haya pasado por los procesos de evolución no sería más que pura elucubración mental. El

Anarquismo debió pasar por ese proceso evolutivo hasta constituir el más alto grado del pensamiento humano.

Todas las ideas, tanto as más modestas como las más desarrolladas, han seguido dicho proceso de evolución. Lo demuestra el hecho de que ni una sola ha sido llevada a la práctica y plasmado en la realidad en su configuración primitiva, en su integridad y pureza... Así ha ocurrido con todas las concepciones filosóficas, económicas y políticas, y también con nuestras ideas... Incluso algunas han dejado, en el tránsito entre su concepción y realización, parte de sus principios.

Ahora bien. Cuanto con más fe luchamos y más íntegramente esté planteada la lucha, más pronto y más fácilmente se alcanzará la realización de las ideas. Por el contrario, tardarán más en realizarse cuanto más indiferentes seamos.

Pero tened en cuenta también, no lo olvidéis, porque el desengaño sería funesto, que as ideas pierden la integridad de su concepción originaria, de la misma manera que todas las ideas se bifurcan, para poder llevarlas a la práctica, más i menos tarde, por los nuevos caminos abiertos...

Una idea puede dar lugar a nuevas concepciones ideológicas, a nuevas exposiciones..., puede ser motivo para crear organizaciones que, basándose en la concepción espiritual de la misma idea, cree otras nuevas

Qué es el sindicalismo

Eso pasa con el sindicalismo..., porque el anarquismo dá lugar al sindicalismo como la base, la orientación económica del anarquismo.

La Anarquía no es un ideal de realización inmediata...No hay límites de lugar ni de tiempo para su implantación y, en e orden de las ideas, los hombres no conseguirán dominarlo nunca.

Siendo la Anarquía la concepción ideal de la vida humana no llegará nunca a alcanzar una realización completa, porque es una perfección tal del pensamiento que necesita pasar por las fases de su desarrollo definitivo.

Admitiendo que el Anarquismo pueda ser, con el tiempo, una realidad, no dudéis de que antes dará lugar a la creación de otras concepciones y escuelas... El Anarquismo no llegará a hacer realidad toda su filosofía, sería tanto como limitarlo..., porque no tiene un origen material, no nace en un punto para acabar en otro, sino que es propio de la inteligencia y del sentimiento, en definitiva, la suma de las aspiraciones humanas.

Históricamente el sindicalismo es hijo espiritual del anarquismo, es la resultante del proceso iniciado por los compañeros de la Internacional y es, en la práctica, el arma, el instrumento del ideal anarquista para conseguir sus objetivos... El sindicalismo es, en definitiva, cerebro y brazo, pensamiento y acción...

El objetivo del sindicalismo es relevar, sustituir los factores del capitalismo y la burguesía... Como agrupación natural de los

elementos de una misma profesión, el sindicalismo no sólo sustituirá los valores burgueses y capitalistas, sino que dará garantías de moralidad no aportadas hasta ahora por ningún régimen burgués.

La función del Sindicato

No son los grupos políticos, ni las organizaciones estatales, os que han de organizar y regular la producción, sino que son los sindicatos los que han de asumir esa función.

Nosotros no somos leninistas, porque no creemos que el Estado, por más revolucionario y socialista que se autodenomine, sea quien deba gestionar la producción... Los Sindicatos son los únicos que tienen solvencia para hacerlo, en primer lugar porque son más morales y, demás, porque son también lo más competentes.

La producción no puede estar en manos del Estado y, ni siquiera, de los grupos anarquistas... Sin los Sindicatos os que distribuirán y normalizarán la producción, el consumo y el cambio..., es necesario que traslademos esta idea a los trabajadores.

Y cuando nuestros deseos sean una realidad tangible, cuando nuestros esfuerzos revolucionarios hayan culminado con el triunfo del proletariado, cuando el hombre pase de esclavo a hombre libre, procuraremos que todos los valores humanos tengan representación en el Sindicato y todos los hombres tengan garantías de independencia y emancipación.

Tengámoslo muy presente, porque de lo contrario serán vanos nuestros esfuerzos... En Rusia ha triunfado la revolución política pero no han logrado vencer económicamente por no haber dado el poder a los sindicatos, entendiendo el poder no para imponer una dictadura sino para regular la producción...

El sindicalismo es la garantía más grande en un régimen proletario...y para que eso sea así necesitamos de una amplia y profunda preparación.

El sindicalismo y la cuestión cultural

Tenemos otro problema interesantísimo que ha de resolver el proletariado... y me refiero a la cultura.

Hemos de crear nuestras Universidades, nuestros Ateneos...y si no podemos hacerlo, hemos de aprovechar los de la burguesía..., eliminando lo que consideremos negativo, perverso e inútil. Utilizaremos las cosas utilizables de la burguesía y, mientras tanto, realizaremos definitivamente nuestro proyecto...

Y ahora, amigos, dejadme que en estas horas de dolor, represión y esperanza luminosa, hagamos una profesión de fe, de constancia en nuestra lucha y de confianza en nosotros y nuestro futuro...

Hoy el azar nos ha reunido en esta cárcel. Mañana el deber nos volverá a reunir...y siempre, hoy y mañana, juntos o separados, hemos de elevar el corazón y el pensamiento por encima de todo..., y sólo así será posible el triunfo!

Os decía que hemos de tener constancia en nuestro proyecto, porque si estos ligeros accidentes de la lucha nos hiciesen desmayar, sería imposible la realización de nuestros ideales

Confianza en nosotros mismos, lo que significa honradez y seguridad en la bondad de nuestro ideal..., y no desesperemos, porque el calvario a recorrer ha de ser largo!

2.4.- El asesinato de “El Noi del Sucre”

Antonio Soler (2016), *Apóstoles y asesinos*.
Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 415-435

A Seguí lo asesinaron el sábado, 10 de marzo de 1923, alrededor de las siete de la tarde. Su muerte era inminente, estaba calculada por los instigadores, trazada por los asesinos que ya estaban planeando el cómo, el dónde y el cuándo.

Sin embargo, el entorno del Noi del Sucre es ajeno a todo eso. Es más, después del asesinato, como probablemente ocurre siempre ante los desenlaces inesperados y dramáticos, los días inmediatos al mismo parecen llenos de vitalidad, cargados de un futuro que, al no cumplirse, se puebla de símbolos y presagios. Es la lectura de los supervivientes, de aquellos que se empeñan en darle un sentido — aunque sea dramático— a la vida. Una forma de esconder el absurdo. Un afán por hacer de la existencia un suceso narrativo.

Probablemente el Noi del Sucre no pensara de ese modo. El futuro no estaba formado por unas líneas imaginarias ni la vida se desarrollaba por unos raíles invisibles. Había visto a muchos caer a su lado. Huérfanos, viudas, hermanos sin amparo, trastornados porque súbitamente debían reconocer el sinsentido del mundo. Filosofía barata. Salvador Seguí vivía demasiado a fondo para pensar en ese tipo de cosas, al menos eso se deduce de casi cada uno de sus pasos, de sus decisiones y de sus palabras. Y así continuó siendo en las últimas dos semanas de su paso por el mundo.

A su alrededor hablaban del futuro y él mismo se afanaba en planear los meses, los años venideros, no importaba si él iba a estar allí para beneficiarse de aquello, era el pulso de la historia. La lucha social era un mecanismo que ya formaba parte de su biología, de su existencia. Comer, respirar, dormir, pensar. Estar alerta.

La vida no toca los timbales intuyendo que está a punto de llegar un momento crucial. Los desastres brotan en medio de lo cotidiano, lo desmoronan, lo trituran y lo engullen en silencio. La aniquilación tiene la esencia de lo inmovible, no importa si la provoca una enfermedad, una catástrofe de la naturaleza o la mano de otro

hombre. «La muerte es cotidiana, la muerte es lo más cotidiano», había dicho alguna vez el Noi del Sucre. Y así se dirigió hacia ella. Y así sucedió.

Los árboles se mecían como borrachos, suavemente, en la cabecera de las Ramblas. Era por la mañana y Pere Foix le hablaba a Seguí de su contacto en la masonería. El Noi sabía que Foix, por su condición de periodista o por una cuestión puramente personal, tenía amistad con un aristócrata del que desconocemos el nombre aunque sabemos que era masón en grado 31. También se sabe que era alguien muy informado y al tanto de los rumores palaciegos que circulaban entre la élite de Madrid.

Este individuo le contó a Foix y a otro militante de la CNT también amigo suyo, Emilio Nogués, que un grupo de generales estaba preparando un golpe militar contra el Gobierno, aunque no contra el rey. Se aseguraba que lo iba a encabezar Primo de Rivera. La intención de esos militares era acabar con la situación a la que unos políticos incompetentes, burgueses y apoltronados estaban llevando a España. Para ello, aspiraban a contar con el apoyo de las organizaciones obreras, especialmente de las catalanas, que habían demostrado su capacidad de sacrificio y lucha. Si las centrales sindicales convocan una huelga general el día que los militares les señalan, aprovecharán el caos para dar el golpe.

Mientras atraviesan la plaza de Cataluña, cruzan la Ronda de San Pedro y suben por el Paseo de Gracia, Foix va desgranándole a Seguí todo lo que el masón les ha contado a Nogués y a él y cómo, por determinadas sospechas, medias palabras y rumores, todo le parece altamente fiable. Tampoco el Noi del Sucre considera que sea un bulo sin sentido y convoca a un pequeño grupo de compañeros para hablar sobre el asunto y tomar alguna medida preventiva. Es el último día de febrero, el invierno parece dar una leve tregua.

Seguí se reúne con Foix y un pequeño grupo de compañeros del sindicato entre los que se encuentra Massoni —Pedro Massoni, víctima del primer atentado que llevaron a cabo Bravo Portillo y su capo Antonio Soler y que desde entonces renquea y desconfía de todo— para tratar el asunto del posible golpe de Estado.

Pere Foix repite a los demás lo que ya contó al Noi. Éste, por su parte, se muestra contrario a cualquier colaboración con los militares, de cuya palabra desconfía y cuya posible alianza le repugna. «Sólo en el cerebro de un militar cabe una idea como ésa, nosotros colaborando con ellos.»

En cualquier caso, aconseja que si los militares piden una entrevista vayan a oírlos para descubrir su juego y saber a qué atenerse. Los reunidos acuerdan que Foix mantenga vivo el contacto con el masón

y que es necesario informar al Comité Regional de todo lo que han hablado. También apuntan que deben proponer al Comité que Seguí sea el portavoz del sindicato en caso de que exista una posible reunión con los militares.

La respuesta del Noi del Sucre es la habitual. Si ésa es la decisión del Comité Regional estaré a su disposición, a la hora que me digan. Al disolverse la reunión, Pedro Massoni se acerca a Seguí, le tiene devoción, y le dice, «Cuida mucho de ti porque te necesitamos mucho, Salvador».

Es muy probable que en el mismo momento en el que están reunidos los sindicalistas, o unas horas antes, o después, un reducido grupo de miembros de la Patronal Catalana estuviera decidiendo la suerte del Noi del Sucre. Allí llegan a la conclusión de que hay que acabar con él. Es claramente el hombre a eliminar, no sólo el punto vital en el que la CNT se apoya para movilizarse organizada y racionalmente, sino el que puede servir de puente con el Libre, con los políticos de izquierda.

Los hombres de la patronal ponen su plan en marcha. No van a contar con el apoyo de la policía. No informarán a ninguna autoridad oficial. Ellos van a hacer el trabajo que hay que hacer y quieren a verdaderos profesionales para que no ocurra como tres años atrás, cuando Blas Marín y su acompañante perpetraron la chapuza de la calle Mendizábal que acabó con el Noi del Sucre disparando sobre ellos y poniéndolos en fuga. Deciden que Pedro Mártir Homs se encargue de organizar el atentado.

Homs ha recibido ya el encargo y una parte importante del dinero por su trabajo. Homs, el antiguo abogado que desde el anarquismo derivó hacia el matonismo y había organizado una peligrosa banda comandada por su mujer, la Payesa, debe encontrar a la persona adecuada para apretar el gatillo. Ni Homs ni la Payesa lo dudan. Inocencio Feced es el hombre.

Desde los tiempos del barón de Koënning y el atentado del Pompeya, Feced ha sobrevivido a todas las mutaciones del pistolero, a todas las modulaciones y a todas las intensidades. Y ahora de nuevo está ahí. Dispuesto para la acción. Pequeño, vivaz, ansioso.

Al ser destituidos Anido y Arlegui, Feced había desaparecido una breve temporada de Barcelona, nadie sabía dónde, pero había regresado más desafiante que nunca, vanagloriándose de los crímenes cometidos y publicando un folleto titulado *¿Por qué no maté al general Martínez Anido?*, en el que, además de justificar su colaboración con la policía, difamaba a unos cuantos líderes de la CNT, Seguí entre ellos.

La antigua admiración hacia el Noi del Sucre se había convertido en una ciénaga. En más de una ocasión se le había oído decir: "A Seguí lo mato yo!". Ahora estaba en su mano. Elegirá los cómplices, el lugar y también el momento del asesinato. Y lo hará pronto. La patronal no le ha concedido a Homs mucho tiempo para que cumpla su encargo, una semana, diez días como máximo. Homs, Feced, los matones, se mueven con diligencia, alborotan más de lo debido, despiertan habladurías.

A oídos de Francesc Macià llega el rumor de que desde altas esferas de la patronal se está planeando primero el asesinato del Noi del Sucre y después el de Ángel Pestaña. La noticia, que probablemente llega a oídos de Macià a través de la familia de su mujer —Eugenia Lamarca, hija de terratenientes— tiene la suficiente solvencia como para que el político la tome en consideración. Tanto es así que inmediatamente escribe dos notas y encarga a un hombre de su confianza, Ramón Durán, que las lleve a las casas de ambos sindicalistas.

Durán va a la de Seguí, calle Valencia, 559. Le abre la puerta una niña de unos diez u once años que dice estar sola. Es la hija de Teresa. Durán duda, pregunta cuándo volverá su madre o su padrastro, la niña se encoge de hombros. Finalmente le entrega la nota encomendándole que se la dé a Seguí, de parte del señor Francesc Macià. La niña cumple la encomienda, aunque a medias. Da la nota a Seguí, éste la lee un par de veces. El mensaje va sin firmar, así que el Noi pregunta a la niña quién ha llevado la carta. La niña describe más o menos al hombre y dice que la ha traído de parte de un señor del que no recuerda el nombre. Seguí dobla el papel y se lo guarda en un bolsillo de la chaqueta.

No es el único mensaje de alerta que le llega. En los primeros días del mes, tal vez el 1 o el 2, va a recibir un anónimo amenazante. Como puede suponerse, le han llegado por decenas a lo largo de su vida, aunque éste tiene un aire especialmente esquinado: *Reunidos los elementos del Sindicato Libre, hemos acordado asesinar a ti y a Pestaña entre otros. Esta vez no escaparéis ninguno, aunque tú serás el primero.*

Seguí es consciente de que la amenaza no proviene directamente del Libre, tal vez, sea de alguno de sus grupos incontrolados. O quizás piensa que, como el mensaje anterior, probablemente se trate del aviso de algún amigo, alguien del Sindicato Libre que se ha enterado de un complot para acabar con su vida. El Noi está tentado de ponerse en contacto con Laguía, pero acaba por descartarlo. Mira una y otra vez el papel, media cuartilla con renglones rayados en rojo, casi en rosa, probablemente cortada de un libro de contabilidad.

No sabe exactamente por qué, percibe un peligro sordo en aquellas letras garrapateadas con caligrafía casi infantil, no le habla a casi nadie del anónimo. Por supuesto, menos que a nadie, a Teresa. Sólo hace un par de llamadas telefónicas. Una a Ángel Pestaña, por estar implicado en el mensaje, y otra a Joan Peiró, al que el Noi del Sucre considera también en peligro. A Josep Viadiu sí se lo cuenta de viva voz y le pide que le devuelva la pistola que tiempo atrás había llevado consigo y de la que se había desembarazado una vez que se habían restablecido las garantías constitucionales y el clima de violencia se había atenuado. Viadiu se la entrega esa misma noche, liada en un trapo, metido en un cubo en el que van brochas, paletas y otros utensilios de trabajo del Noi.

El 6 de marzo Ángel Pestaña y el Noi del Sucre participan en un mitin en el cine Bohemia. Al final del acto, Pestaña, Viadiu y Seguí conversan brevemente sobre el anónimo recibido. Deciden no darle más importancia de la necesaria.

Inocencio Feced, menudo, huesudo, con una gorra vieja y aquellos ojos brillantes que un día quedaron fijados en su ficha policial, ha estado merodeando por los alrededores del cine Bohemia. Va con uno de sus compinches. Suben y bajan por la plaza. Feced ve entrar en medio de un remolino de obreros a Seguí. Lo estudia, quiere volver a verlo antes del último día, todavía libre, vivo, expansivo, el rey de nada.

Feced ha estado madurando su plan. Sus hombres llevan varios días controlando todos los movimientos, las idas y venidas de Seguí, su rutina, sus rutas, los bares que ahora frecuenta, los círculos obreros a los que va, las obras en las que está trabajando. Anotan que suele ir casi a diario al bar el Tostadero, en la plaza de la Universidad, y que sigue yendo con regularidad al café Español, en el Paralelo. En esos días está pintando un piso, propiedad de Lluís Companys, en Sants. Inocencio Feced elige Sants o la plaza de la Universidad como los lugares propicios para perpetrar el asesinato. «Como un conejito, así va a acabar», le dice a uno de sus camaradas.

Pere Foix hace una llamada telefónica a Seguí. Su contacto dentro de la masonería le ha informado que el grupo de militares que planea el golpe va a reunirse un día después en el casino militar. El masón podrá darle alguna noticia a media tarde de lo que han tratado los militares, así que Foix le pide a Seguí que se vean unas horas después para valorar la información. Seguí le cuenta que él, ese día, va a ir a Tarragona para dar un mitin y que quizás desde Tarragona vaya a Flix. El Noi del Sucre bromea y le dice a Foix que los militares podrán esperar a dar su golpe hasta el domingo. Quedan en verse el sábado por la tarde, en el centro obrero de la calle Olmos.

Seguí se marcha a Tarragona. Feced inspecciona los alrededores del piso de Companys donde últimamente ha estado trabajando el Noi del Sucre, se entera de que ya ha acabado allí su tarea. Elige el Tostadero como lugar a partir del cual se montará el seguimiento y el asesinato de Seguí.

El Noi del Sucre da el mitin en Tarragona, y allí mismo decide regresar a Barcelona, no irá a Flix. Simó Piera está con él, trata de convencerlo de que se vayan juntos a ese pueblo de Ribera de Ebro. Viadiu le ha comentado a Piera el asunto del anónimo, la mella que ha hecho en el Noi. «Qué vas a hacer en Barcelona, vamos a Flix, los compañeros te necesitan allí, Salvador.» Seguí comprende. Se encoge de hombros. No hace falta que repita algo que siempre ha dicho y que todos sus compañeros saben: cuando quieren ir por ti van, dondequiera que estés, dondequiera que te metas, así que mejor no comportarse como una rata.

Es algo parecido a lo que dos o tres días atrás le ha dicho a Macià, cuando ambos se han encontrado en el café Continental y Seguí, pensando en la posible algarada militar, le comenta al líder catalanista que lo mejor que puede hacer es salir de Barcelona durante una temporada.

- «Aquí no tiene la menor seguridad», le dice Seguí.

Macià, extrañado, le pregunta si no recibió la nota que le hizo llegar por medio de Durán, y sólo en ese momento comprende el Noi la importancia del mensaje.

- «Sí, sí, la vi, la leí», dice un poco confuso.

Macià lo mira con atención: «Mire, Seguí, quien tiene que salir inmediatamente de la ciudad es usted. A nosotros todavía no nos ha llegado el turno, pero usted sí que corre en Barcelona todos los peligros».

Seguí, apesadumbrado al saber que la nota que la había entregado la hija de Teresa no la remitía un iluso ni un aficionado a meter miedo, se encoge de hombros y esboza una sonrisa dudosa.

- «Seguramente tiene razón, amigo Macià, pero yo no puedo irme de aquí. Es mi sitio y no puedo abandonarlo.»

Los dos hombres se miran, se dan la mano y se separan. Nunca volverán a verse.

Seguí va recorriendo por última vez los lugares que pisa. Sin saberlo, se despide de forma definitiva de todas las personas con las que ha compartido los últimos años.

Compañeros, amigos o simples conocidos recordarán apenas cuarenta y ocho horas después el último momento en que vieron al Noi del Sucre. En la memoria de todos ellos se irán recomponiendo esos instantes de modo apresurado y distorsionado y cada cual empezará a colocar los cimientos de una mítica personal alrededor de Salvador Seguí.

Cada cual dará su versión de aquellos últimos momentos y una imagen diferente del luchador obrero. El Noi del Sucre será a partir de entonces el reflejo de una cara en un cristal, una imagen que gesticula, se mueve y habla al otro lado de una barrera infranqueable. El espejo se llena de sombras.

El Noi del Sucre no fue a Flix. No pudieron convencerlo. Desde Tarragona, pasando por Reus, regresó a Barcelona. Caminó solo por el andén. Viajeros y niños. Subió a un automóvil.

Los árboles pasan por los vidrios del coche y el rostro del Noi por los árboles. Ramas y ojos se mezclan en un juego de reflejos que avanzan y se transforman por las calles de Barcelona hasta llegar a su domicilio. Un portal triste, una escalera con eco y vacía, una puerta marrón, sería como un ataúd vertical. Por su arco humilde entran y salen las sombras, el Seguí de otro tiempo, los niños, Teresita, el ruido y los olores, compañeros, gente desconocida, muertos y vivos, el mundo que se despide, el camino, una serpentina que huye. Ya no es Seguí quien avanza, sino el mundo el que retrocede y el que en su huida lo arrastra todo con él,

El viernes, 9 de marzo, vieron a Feced en el bar el Tostadero, hombre malcarado, un hombre escurridizo que miraba a los lados, el mundo ya no gira como un carrusel en el que van montados los vivos, ya no gira sobre el mismo eje con la quimera de la repetición y de lo eterno, el mundo se desliza ahora en línea recta, muestra sus precipicios, el barranco de la muerte, lo que tiene puertas y fronteras, a Feced lo vieron en el bar el Tostadero, buscando, el hambre de los perros, los dientes y los ojos ávidos, el alimento del rencor, pero sólo tiempo después, días, semanas después, advirtieron que aquel hombre enjuto, moreno y esquivo era Inocencio Feced, el asesino.

El Noi del Sucre estaba atento, caminaba por las aceras anchas, miraba en el reflejo de los escaparates, trabajó, fue a ultimar alguna cosa al barrio de Sants, sonrió, fumó y bromeó, con Perones, que morirá junto a él en la puerta de una ferretería, con Viadiu al que vio por las Ramblas, en un café, con los compañeros de trabajo, a los que no volvería a ver, escuchó por última vez la voz de Lluís Companys a través del hilo telefónico, y cuando ya estaba avanzado el día, decidió ir al teatro Cómico, donde esa noche se va celebrar

una función a beneficio de los presos políticos. El peligro es una marea que viene y va.

Chaqueta negra, pantalones pálidamente rayados con líneas de gris muerto sobre un fondo también negro, sombrero y alfiler, la camisa blanca de los mediterráneos. Le pide a Teresita que vaya con él. Algún personaje ha anunciado que irá al teatro acompañado de su mujer y Seguí no quiere que Teresa Muntaner sea menos. También le dice que puede acompañarlos su hijo, Heleni, que lo pasará bien en la función. Teresita, grávida, de siete meses, cansada, feliz, o casi, saca la ropa de los domingos, la ropa oscura de las ocasiones, se recompone, protesta, Seguí ríe, van juntos del brazo, bajan las escaleras, el niño delante, seis años y la cara redonda, caminan bajo la noche fría como bajo un puente, a ratos huele a primavera, luego montan en un tranvía, vuelven a caminar un poco, Seguí piensa en el peligro, sus compañeros saben que lleva días pensando en él, lo espanta, como siempre, sin detenerse a mirarlo, sabiendo quién es quién. Ahora está en el reflujo, siente que se aleja. Lo percibió esa tarde, sentado en su casa, un momento antes de decirle a Teresita que lo acompañara, La normalidad espanta a los monstruos. El Noi se agarra a ese asidero.

La función es divertida. La familia Seguí está en un palco. A él van varios compañeros. Entran y salen, sacan a Seguí al pasillo. Teresita sospecha, pero se queda sentada, mirando el escenario, mirando a Heleni, sus ojos fijos, limpios. La voz se ha corrido, todos, por un lado o por otro, han oído que el Noi del Sucre está amenazado, seriamente. Cada cual inventa una estrategia y un consejo. Joan Casanovas, futuro presidente del Parlament, habla largamente con él. Teresita no sabe nada, y a pesar de que está acostumbrada a las confidencias y a los secretismos la ponen nerviosa los susurros. Se acuerda, en mala hora, de la tarde en que Laguía estuvo en su casa. Quiere borrar el recuerdo, escapar de los malos presagios, salir de allí, pero adónde.

En un entreacto es Ángel Pestaña quien se presenta en el palco, lo acompañan dos hombres que Teresa no ha visto nunca. Hablan con Seguí, éste le dice a Pestaña que lo verá a la salida del teatro y Pestaña hace un gesto de asentimiento, dando por sabido de lo que van a hablar. Teresita intenta prestar atención al final del espectáculo, se levantan los aplausos, Heleni se pone de pie, mira a su madre sin dar crédito de que aquello sea posible, adultos jugando a ser quienes no son, adultos haciendo pantomimas para otros adultos.

Abandonan el palco, van por los pasillos con lentitud, mezclados con otra gente. En el ambigú ya los esperan Pestaña, Casanovas, Viadiu y unos desconocidos. Seguí deja a Teresa y al niño cerca de una puerta y habla animadamente con aquellos hombres. Se le ve negar

repetidamente con la cabeza. Los demás lo miran alejarse en dirección a su mujer, sonriente. Ella le pregunta qué quieren. Seguí contesta, «Acompañarnos.» «¿Acompañarnos?» «Sí. ¿Te ha gustado, Heleni?» «Acompañarnos, ¿por qué?» «Por nada. Hace frío, vamos a tomar un taxi.» Salen.

Salen y, sí, suben a un taxi, demasiado apresuradamente. Inician la marcha. Al poco, Teresa se da cuenta de que el taxista no aparta la mirada del espejo retrovisor, y ella, como antes ha hecho el Noi, se gira para mirar atrás. Pregunta, no se sabe si al conductor o a Seguí, qué pasa. Es el taxista quien responde, «Ese, que no se despega de detrás desde que salimos del teatro.» Teresita deja la mirada fija en Seguí, él le aprieta la mano y niega con la cabeza, restando importancia. Los faros del automóvil que los sigue ilumina a veces el interior del taxi, todos van en silencio, Heleni dormido, pasan las fachadas, las aceras vacías, el carrusel abandonado de la noche.

Se van acercando a su casa y el coche continúa tras ellos. Corren las aceras, los edificios como mastodontes. Los brazos fantasmales de la Sagrada Familia se pierden en el cielo. Entran en la calle Valencia. A lo lejos está su portal. Seguí toma una determinación. Ordena al conductor que acelere. El taxista obedece, ganan un poco de ventaja, y cuando están cerca de la casa, Seguí le pide que frene. El coche da una sacudida, se detiene, el Noi hace que Teresa baje lo más rápidamente posible, Heleni, adormilado, sale del coche detrás de su madre, Seguí ya lo ha hecho por la otra puerta. Temiendo que la calle se convierta en un campo de tiro, le grita al taxista que se vaya, el conductor arranca justo cuando el otro automóvil está llegando y Teresita y Heleni han entrado en el portal. Teresa le pide a Seguí que suba con ellos, el coche que los venía siguiendo se para a quince o veinte metros del Noi del Sucre, también se ha detenido el taxi, casi a la misma distancia pero en sentido contrario, Seguí le grita a Teresa, «¡Sube!», pero ella, llorando, deja al niño en el portal y sale, coge a Seguí por el brazo, tira de él hacia la casa. Seguí la mira a los ojos, «¡Sube! Sube y déjame estar. Hazme este favor».

Teresita retrocede, abraza a Heleni, que ha roto a llorar. El automóvil está detenido en el mismo lugar, respirando, con el motor en marcha y los faros encendidos. Seguí da unos pasos hacia él, lleva una mano en el bolsillo, simulando que palpa una pistola que no existe, tiene la mirada fija en el parabrisas del coche, negro, como si en vez de vidrio fuese de acero. El taxista se baja de su vehículo, lleva una barra de hierro en la mano y camina en la misma dirección que el Noi del Sucre. El Noi grita entonces. «¡Si tenéis valor tirad! ¡Tirad, no tengo miedo!» El taxista, a su vez, grita volviendo la cabeza atrás, como si hablara a alguien que estuviese en su coche o en un portal cercano. «¡No salgáis! ¡Todavía no! ¡No salgáis!»

Teresa Muntaner lo contó muchos años después, en Toulouse, ya anciana, cuando Heleni, muerto de tuberculosis a los diecisiete años, hacía mucho que había desaparecido de la faz de la tierra y Teresa Seguí, la hija del Noi del Sucre, nacida dos meses y tres días después de la muerte de su padre, era una mujer madura que escuchaba cómo su madre, entera, rocosa, recordaba aquella noche de marzo, víspera del asesinato.

Teresita no se explicaba lo que había sucedido ni por qué el misterioso automóvil, cuando Seguí ya estaba apenas o cinco o seis metros de él —el taxista a veinte o treinta—, emprendió la marcha y salió de allí a toda velocidad sin que el Noi llegase a ver quiénes eran sus ocupantes y sin que hicieran un solo disparo ni el más mínimo amago de atacar al hombre que habían venido siguiendo casi desde la otra punta de Barcelona.

«No sé si los arredró que yo me quedase allí, porque no me subí a casa, cómo me iba a subir y dejarlo solo, y caminaba detrás de Seguí, despegada de él, pero pisando su sombra, y pudo ser que no quisieran matar a una mujer, o si aquellos gritos del taxista y su presencia o lo que fuera les hizo pensar otra cosa, dejarlo para otra ocasión más cobarde, pero así se marcharon, eso hicieron, y allí iría ese Feded, con el puño de la pistola recalentado en la mano, con su bilis y su miseria», así le hablaba Teresa Muntaner a Huertas Clavería en Toulouse a principios de los años setenta, «Para que digas las cosas como son, como fueron, y no como quisieron inventar después, como todavía inventan».

Una vez que el automóvil se marchó, pasando por al lado del taxista, éste se acercó a Seguí. «Es usted el Noi del Sucre, lo reconocí nada más montar en el coche pero no quise decirle nada. ¡Madre de Dios! ¡Qué valor que tiene usted! ¡Nunca me lo hubiese creído! Iban a matarlo. Lo que me ha hecho sufrir, reina santa.»

El Noi le agradece la ayuda, mira la barra de hierro que el hombre sostiene en las manos temblorosas, casi con parkinson, y le pregunta qué le debe. «Nada, hombre, nada. No le quiero cobrar nada.» Se dan la mano y al taxista, caminando hacia su coche, todavía se le oye decir, «¡Lo que he sufrido! ».

Seguí permanece todavía unos momentos en la acera, mira a un lado y a otro de la calle. Se da la vuelta despacio y ve un poco más atrás a Teresita. Camina hacia ella. Se abrazan. Y se dirigen abrazados al portal. Suben. En la escalera está Heleni, sentado en el último peldaño y apoyado contra la pared, medio dormido, lloroso.

«Cuando entramos en casa, cuando acostamos a Heleni, Seguí se subió a una silla y cogió de la parte alta del armario la pistola. La había puesto allí para que los niños no la alcanzaran, y aunque le

pregunté dos veces por qué no la había llevado esa noche, no me quiso contestar. Pero yo sé por qué lo hizo, por qué no la llevó. Porque yo lo acompañaba y porque venía Heleni con nosotros, y antes prefería que le dieran a él un tiro que se emprendiera un tiroteo y ponernos en peligro al niño o a mí. Por eso lo hizo. Ése era tu padre. Así», se quedó con la vista perdida Teresita Muntaner, casi cincuenta años después de aquella noche, contando a Huertas Clavería y a Teresa Seguí cómo fue o cómo recordaba ella aquella noche del 9 de marzo de 1923.

“Yo pensé que lo matarían al día siguiente, y así fue. Con ese peso nos metimos en la cama, como quien se mete en un cajón, así lo digo, y yo con ella en el vientre, así eran las cosas en aquel tiempo. Así fueron. »

Y ésa fue la noche en que Salvador Seguí anduvo perdido en una rara somnolencia que a veces se interrumpía y lo dejaba en un estado de máxima lucidez, o eso creía, hasta que de nuevo desaparecía en una hondonada que no era sueño ni miedo ni lucidez y apenas vida, con Teresa, a la que él quizás creía dormida, a su lado, girada de cara a la pared, despierta, ambos sin hablar, confiados en que aquella sensación se aliviaría cuando pasara la noche. A lo lejos se iban oyendo los golpes de una campana, se oían voces y risas de noctámbulos, pasos en las aceras, un eco de vida, el sonido tumultuoso de algún automóvil y la luz de sus faros barriendo el techo del dormitorio y haciendo que Seguí se quedara aún más quieto, temiendo que el coche se detuviera bajo su ventana. Volviendo a respirar cuando el sonido se alejaba y los faros parecían haber sido una alucinación.

Ése fue el día que amaneció brumoso, marcando una dudosa raya de luz, un resplandor mortecino, en el espejo del armario. Y allí, mirando aquel fulgor, o calmado por la quietud del amanecer, Seguí abrió la mano, dejó que sus dedos desprendieran el bocado de la sábana y se quedó dormido, cuando le quedaban doce horas de vida.

Teresita se levantó sin haber dormido, anduvo por la cocina, se asomó cada pocos minutos por la ventana, fue a mirar casi con la misma frecuencia a Seguí, impuso silencio a los niños, se sentó en el comedor, se acordó de Laguía, sentado en la misma silla, recordó a Pestaña y a aquellos hombres en el teatro, se levantó y cocinó, y a las doce, oyó cómo Seguí se desperezaba en el dormitorio y sintió un vuelco de alegría y de terror al mismo tiempo, sintió deseos de ir hacia él apresuradamente, de quedarse donde estaba y romper a llorar, pero no hizo ni lo uno ni lo otro, se agarró a la mesa, se sostuvo, y siguió preparando la comida, quizás cortando verduras, fregando platos o añadiendo condimento a un guiso mientras le

llegaban los sonidos cotidianos, ahora extraordinarios, de Seguí en el dormitorio. Allí, él vería aquel resplandor que los días de sol se producía en el vidrio de la ventana, aquel arcoíris pequeño que se insinuaba bajo los visillos.

Se levantó, se aseó y abrazó por detrás a Teresa al tiempo que le decía que iba a ver a Viadiu y casi al tiempo que ella le respondía que no saliera, que le hiciese ese favor y que se lo pedía como él le había pedido la noche antes que lo dejara estar, solo, en la calle. Seguí bromeó, para el caso que me hiciste, y Teresita, mirando al suelo, o a la mesa, o al lebrillo en el que flotaban verduras, le dijo, no salgas, te lo pido, y Seguí, serio, dijo, está bien, pero esta tarde viene Perones, tenemos que hacer el cobro del trabajo que le hemos hecho a Companys, y luego yo tengo un compromiso. Tú y tus compromisos, Seguí, tú y tus compromisos, adónde nos llevarán. Lejos, sonrió Seguí, y luego dijo que si había aguantado tantos meses en La Mola podría aguantar un rato preso en su propia casa y con mejor compañía.

Se sentaron a la mesa. Seguí comió mucho, «casi exageradamente, casi con desesperación o qué sé yo», le dijo Teresa Muntaner medio siglo más tarde al hombre que había ido a Toulouse para escribir un libro sobre el Noi del Sucre, aquel sindicalista que había agitado a los obreros de Cataluña y había desesperado a los patronos, y también le dijo Teresa que mientras comía, el Noi hablaba con Heleni de la función de la noche anterior, le hacía bromas y le prometía llevarlo a un circo que pronto llegaría a Barcelona. Leones, payasos y trapevistas que vuelan por el aire y no se caen nunca, hombres con zancos para ver más lejos y dar pasos más largos que nadie. Te llevaré y lo verás y nunca se te olvidará.

Sesteó, cuando le quedaban tres horas de vida. Teresa durmió en la cama. Quizás una hora, o más, derrumbada por la mala noche que había pasado. «Y en ese tiempo no sé lo que hizo Seguí, sólo sé, y eso lo recuerdo bien, y ya ves, han pasado cincuenta años como quien dice, que me desperté como si viajara en un barco, aunque nunca monté en ninguno, pero era igual que si todo se hubiera ido lejos y todo se moviese, y no pienses que yo creo en premoniciones ni en cosas que no están en este mundo, pero fue una sensación muy cierta, aunque, claro, pasó en un momento, y todo se me acercó, no como si el barco llegara a alguna parte sino como si yo saliera del fondo del mar o de debajo de un líquido espeso. Para no llegar a ninguna parte. »

Poco antes de que dieran las siete llegó Francesc Comas Pagàs, Perones. Veintisiete años, de oficio vidriero, delgado, con las orejas despegadas del cráneo y su pelo espeso, «como una boina, serio, tan joven y tan formal, con su mujer que estaba como yo, embarazada, y traté de convencerlo de que dejaran el cobro y lo que fuese para

cualquier otro día, le conté lo que había pasado la noche anterior, pero el que mandaba era Seguí. Me hizo unas morisquetas y se fueron. Los oí hablar por el hueco de la escalera, y ya no supe más, hasta que tres horas más tarde Viadiu y Maurín llamaron a la puerta».

Teresita Muntaner se quedó en aquel piso pequeño de la calle Valencia mientras Seguí y Perones caminaban un rato, montaban en un tranvía, bajaban, charlaban pasaban por el bar el Tostadero —allí, el camarero Saleri dio aviso a Homs y Homs a Feced—, tomaban un café y salían a paso algo más vivo. Había gente por la calle, Teresa va escuchando el subir y bajar de los vecinos por la escalera, los juegos de los niños, el bullicio de un sábado por la tarde con la primavera apuntando por todas partes. Había tanta gente en la calle que los tres asesinos desisten de atacar en la plaza de la Universidad, junto al Tostadero, como tenían previsto, y siguen de lejos a sus víctimas hasta llegar a la Cadena. Y al llegar a la calle de la Cadena, Perones quiso comprar tabaco. Y Seguí le dice que lo espera en la puerta.

Todo fue muy rápido, del mismo modo que suceden los hechos intrascendentes. Igual que sucede todo. Pero, como siempre ocurre con esas cosas, luego viene la magnificación, la disección del tiempo, el desglose de lo que ocurrió y el ensamblaje de los diferentes detalles hasta crear una narración aproximada, medianamente verosímil de los hechos.

Hay una foto de esa calle de adoquines minutos después de que se produjera el atentado, y hay una foto de Seguí muerto. Los ojos y la boca entrecerrados, la mirada no del todo perdida. Parece que está abriendo los ojos al despertar de un mal sueño o que está a punto de llorar.

Alguna de la gente que aparece en la foto de la calle presenciaría lo ocurrido, una parte de ello, vería a un hombre correr, una pistola, el miedo o la cara de espanto de otro testigo, sin saber quién es víctima y quién asesino, o escucharía los disparos, las voces y las carreras. Están ahí, todavía sin querer marcharse, fascinados, mirando un vacío, el lugar donde hace unos instantes estaba el cadáver del Noi del Sucre, observando la mancha negra de la sangre en mitad de la calle. Hay ocho o diez niños. Un hombre con sombrero que sostiene un cigarrillo en la mano y observa de reojo a un guardia estático, otro hombre indiferente a todo que cruza la calle y camina junto al charco de sangre, apenas a veinte o treinta centímetros del manchón, lleva una gorra clara y el paso rápido. Una mujer saca a un niño de la escena, nadie parece hablar, sólo miran la nada, los adoquines, la sangre, el rostro de quienes como ellos están vivos.

Eran tres hombres, eso sí lo vieron muchos testigos. Nadie sabe de dónde salieron, por qué calle llegaron. Uno, vestido con una gabardina ligera y de color claro, Inocencio Feced, es el que se dirige decidido hacia Seguí, por un lado, a grandes zancadas pero sin correr, y dispara, y al mismo tiempo los otros dos hacen varios disparos al aire para sembrar el pánico y ahuyentar a la gente, y es uno de esos dos quien apunta y dispara a Perones, que acaba de salir del estanco y resbala, quizás ya herido, cae y se levanta y recibe, ahora sí, un disparo en un costado que lo hace trastabillar, pero no se derrumba, corre como puede, se refugia en una carnicería, y ya no mira atrás y no ve el cuerpo de Seguí. Probablemente unos segundos antes ha visto cómo el hombre menudo y ágil se ha puesto al lado del Noi del Sucre y le ha colocado la pistola ante la cabeza al tiempo que Seguí lo reconocía y, sabiendo que iba a morir, se giraba y trataba de sacar su pistola del bolsillo, cuando ya era tarde, cuando ya estaba al otro lado de la nada, y quizás uno de los gritos, el grito primero que se oyó, fuera el de Perones advirtiéndole al Noi, pero ya había pasado todo. Corrieron los hombres, una mujer gateaba por la acera, con una herida de bala, se cerraban las puertas y la gente se apartaba de las ventanas.

El cuerpo de Seguí quedó en medio de la calle. Durante unos momentos un espasmo eléctrico le convulsionó una pierna. Luego nada. Quedó tirado como un maniquí que hubiera caído de un camión de mudanza. Un objeto olvidado y raro sobre un charco espeso, no demasiado abundante. Vestía un traje oscuro, unos botines de color rojizo. Un pañuelo blanco de seda, que no se manchó, al cuello. La gorra había salido disparada de su cabeza y quedó a su lado, como una seta gigante.

En el bolsillo izquierdo de la chaqueta le encuentran la nota que días atrás le ha enviado Francesc Macià advirtiéndole del peligro que corre. También un cargador suplementario para la browning. En la cartera, algo de dinero, unos papeles con anotaciones sin importancia y una tarjeta que dice: «Salvador Seguí, pintor».

Taparon el rostro de Seguí con un saco. Momentos después, a un sindicalista que pasaba por allí, llamado José Gardeñas, le resultó familiar la indumentaria del muerto. Se acercó y levantó el saco. Reconoció al Noi del Sucre y se fue calle adelante repitiendo el nombre de la víctima a gritos.

La noticia corrió rápidamente. María Espés, la mujer de Ángel Pestaña, que vivía cerca, acudió con una sábana para cubrir dignamente el cuerpo de Seguí. Muy poco después apareció el juez y se llevaron el cadáver, al hospital Clínico. Los médicos que practicaron la autopsia, los doctores Liñana y Luanco, certificaron que tenía una única herida producida por arma de fuego, en la cabeza, con orificio de entrada en la región occipital, pero sin salida. La bala

quedó alojada en la región frontal. La herida tenía una trayectoria de abajo hacia arriba. Seguí era bastante más alto que Feded.

Perones fue conducido desde la carnicería en la que se refugió al dispensario de la calle Marqués de Barberà. Por el camino, semiinconsciente, repetía una y otra vez, "¡Pobre Noi!". Minutos después que él, llegan al dispensario varios compañeros. El médico de guardia lo tiene tumbado en una camilla, fuma un cigarrillo, habla con calma y dice que no puede hacer nada por salvarle la vida. Simó Piera, que es uno de los que acaba de llegar, saca una pistola y se la pone en la cara al médico, lo conmina a actuar. El médico, lívido, dice que allí no hay medios para intervenir y ordena que lleven al herido inmediatamente al hospital de la Santa Cruz. Lo ingresan en la sala de Santo Tomás, cama 15. Perones había recibido tres impactos. Dos en la pierna izquierda y otro en el lado derecho del tórax, con orificio de salida por la zona izquierda, que había afectado al pulmón derecho y al hígado. El estado es de máxima gravedad.

En la calle Valencia, Teresita Muntaner ha terminado de poner la cena a los niños cuando por el patio oye a un vecino comentar algo con la portera. Hablan muy bajo, Teresa escucha, dicen que ha habido un atentado en la calle de la Cadena, pero no puede entenderlo todo. A pesar de ello «el corazón me iba muy deprisa». Casi inmediatamente hay un revuelo en la escalera. Suben varias personas, llaman a la puerta. Teresa tiene ante sí a Josep Viadiu y a Joaquín Maurín. Antes de que le digan nada, pregunta, ¿Han matado a Seguí? Le responden que no, pero ella insiste, Sí, sí, sí, lo han matado. Los niños, sentados a la mesa, miran asustados bajo la lámpara en forma de barco.

Con la noche, alrededor del hospital Clínico se va reuniendo un grupo cada vez más numeroso de trabajadores y sindicalistas. Quieren ver el cadáver del Noi del Sucre. La policía acordona la entrada. Se reclama una actuación rápida de la justicia. Se lanzan amenazas. Se convoca una huelga.

Al amanecer hay cientos de personas en las inmediaciones del hospital. Barcelona entera está levantada. Las autoridades toman la decisión de sacar de allí el cuerpo del Noi a escondidas. Se decide que el entierro se celebre clandestinamente. La conmoción es máxima, mucho mayor que la prevista por quienes han organizado el asesinato. Y así se hace.

El lunes 12, a las cuatro de la tarde, entierran al Noi del Sucre en un nicho de Montjuich de forma anónima. Sin que nadie supiera nada ni asistiese ningún miembro de su familia ni ningún compañero del sindicato. Un grupo de policías escolta el féretro. Únicamente permiten que, como representantes legales, estén presentes Lluís Companys y Agustí Castellà, el joven amigo de la familia.

Companyys, que años después, con los pies desnudos para poder pisar tierra catalana, será fusilado cerca de aquel lugar, despide así al Noi del Sucre, el miembro más vital del triángulo inseparable que habían formado Layret, Seguí y él mismo.

El día siguiente muere Perones. La CNT se moviliza. Se convoca una multitudinaria manifestación en la plaza de Cataluña y desde allí se dirigen hasta la sede del gobierno civil, donde unos representantes del sindicato y de la familia de Francesc Comas, Perones, se entrevistan con el gobernador y pactan que el entierro no sea como el de Seguí. Salvador Raventós, el gobernador, íntimamente avergonzado por todo lo que ha sucedido con el Noi del Sucre, accede a que el de Perones sea público.

Doscientas mil personas se congregan en los alrededores del hospital de la Santa Cruz. Desde allí, el ataúd de Francesc Comas es llevado a hombros hasta el cementerio de Hospitalet. La conmoción es enorme. El funeral de Perones se convierte en el de él mismo y en el de su amigo Salvador Seguí. El Noi del Sucre y él son homenajeados, vitoreados, llorados y ensalzados. Joan Peiró, amigo de ambos y secretario general de la CNT, pronuncia unas emotivas palabras al pie de la tumba de Perones. Recuerda a los dos hermanos caídos juntos y promete justicia.

No la habrá. La policía inicia una tímida investigación. Dos días después del asesinato del Noi del Sucre es detenido un tal Luis Adset, cuya cartera se había encontrado a escasos metros del lugar en el que Seguí había caído muerto. Es interrogado una y otra vez, quizás como maniobra de distracción. El hombre declara no saber cómo perdió la cartera. Se trata, simplemente, de un curioso que se acercó a ver lo ocurrido una vez que habían acabado los disparos. Confiesa que se agachó a ver de cerca el cadáver de Seguí y piensa que fue en ese momento cuando la cartera cayó de su bolsillo.

Desde algunos medios oficiales y patronales insinúan, o declaran abiertamente, que Seguí ha sido asesinado por elementos radicales de la propia CNT. Los anarquistas lo odiaban, se oye decir en más de un círculo. Nadie inquieta a Homs ni tampoco a Feced. Feced presumirá de ser él quien mató al Noi del Sucre. Nadie hace nada. Poco después la huelga cesa. La gente vuelve al trabajo.

